

y, dieta, de no descubrir allí ni siquiera á un hidrópico, miéntras que los veian con abundancia en las salas de los médicos avaros de sangre y pródigos de alimentos y remedios tónicos. Su pasmo es una de las pruebas mas fuertes que puedan darse del vacío de las doctrinas antiguas, y del perpetuo titubeo de los médicos ántes de la aparicion de la nuestra. La idea predominante, en todas las sectas, era que las enfermedades que se habian atajado con copiosas sangrías, debian seguirse de una larguísima convalecencia, ó que los pacientes debian caer en una hidropesía muy difícil de curar; está demostrado sin embargo lo contrario hoy dia: cuántos enfermos se libraron con tiempo de sus inflamaciones por medio de sangrías precipitadas, y especialmente practicadas cerca del receptáculo de irritacion, se curan prontísimamente y sin hidropesía. Si algunos de los que perdiéron mas sangre, experimentan un leve ataque suyo, se desvanece este con muy pocos remedios, con el único socorro de un régimen acomoda-

do á las facultades digestivas de los convalecientes, y con el uso de algunas bebidas *diuréticas*, es decir propias para dar curso á las orinas; y esto, por la razón muy plausible de que las vísceras están sanas, y pueden soportar con beneficio la estimulación de los alimentos, del buen vino y medicamentos fortificantes. Hallamos la misma facilidad en curar las hidropesías que deben su origen al hambre, á la mansion en un sitio húmedo en estremo, etc. Las sangrías copiosas no acarrear peligrosas hidropesías mas que en las personas atacadas de inflamaciones crónicas con desorganizacion; pero el que incurre en semejantes yerros, no es digno de figurar entre los médicos fisiologistas. Esta es pues la curacion de las hidropesías por debilidad; pasemos á las que dependen de la irritacion.

Siempre que la hidropesía está dependiente de un receptáculo actual de inflamacion que no ha desorganizado las vísceras, se consigue desterrarla luchando contra la enfermedad principal con la san-

gría y régimen antiflogístico; queda absorbida la serosidad en cuantas superficies la contienen, y restablecido el equilibrio. He visto innumerables veces á nuestro catedrático, y á los médicos que siguen sus huellas, obrar estas especies de curas en las personas que tenían una coleccion acuosa en el peritóneo; aplicando sanguijuelas al empeine para extinguir un receptáculo de flemasía establecido en los intestinos, en el hígado ó matriz, siempre que los pacientes, aunque hidrópicos, tenían suficientes fuerzas todavía para soportar una evacuacion sanguínea; siendo de todo rigor el agregar á ello la mas severa dieta. En cuanto á las bebidas, no deben ser ellas mas que temperantes hasta la época en que la inflamacion está atajada; mas tarde, nos ceñimos á hacerlas ligeramente diuréticas.

La misma curacion es aplicable, en circunstancias iguales, á las personas atacadas de las hidropesías del pecho, á continuacion de las flemasías de la pleura, á las que damos el nombre de *pleuresias crónicas*; pero cuando los enfermos de que se trata,

han llegado hasta el grado de desorganizacion, lo que no puede comprobarse mas que por un médico de habilidad, no son ya oportunas las sangrías. Hay precision de reducirse á la medicina paliativa, que consiste en un régimen temperante, y en el uso de algunas bebidas diuréticas ó propias para hacer correr las orinas. A veces sin embargo se atajan los progresos de una desorganizacion incoativa, que ha producido ya la hidropesía, auxiliando estos medios con los cauterios, ajenos de la China, sedales, y otros excitativos revulsivos, colocados lo mas cerca posible de la parte enferma. Esta curacion conviene mas particularmente en las pleuresías, en las hepatitis (inflamaciones del hígado), y en las peritonitis crónicas complicadas con collecciones acuosas ó purulentas.

Cuando la hidropesía depende *unicamente* del desorden de la transpiracion, ó de un exceso instantáneo de bebidas acuosas, los enfermos pueden sobrellevar fuertes excitativos, y hallarse bien con ellos. En estos casos los purgantes violentos, como

la jalapa, escamonea, gutagamba, y los diuréticos fortísimos, tales como la escila, vino blanco, bebidas alcohólicas, y muchas plantas muy acres, proporcionaron unas curas que se habian tentado en balde con medicamentos ménos vigorosos. Sin embargo es preciso temer tambien el abuso de los irritantes, que podrian comunicar á estos enfermos una gastritis ó enteritis que ellos no tenian.

Algunos médicos sumamente atrevidos atajan, con fuertes diuréticos, la hidropesía de las personas atacadas de desorganizaciones viscerales; pero no adelantan nada con ello; pues estos pacientes se rinden bien presto en la estenuacion, con una calentura lenta.

Cuando la hidropesía es el efecto de un obstáculo para la circulacion, situado en el corazon, queda curada con la sangria y algunas bebidas levemente estimulantes, si esta víscera no se halla todavía desorganizada; si lo está ya, no se poseen entonces mas que los precarios recursos de la medicina paliativa.

EL SABIO.

No habla Vm. de la puntura del empeine, que se practica en las hidropesías de esta cavidad: no me estraño de ello, porque los mas de los que sufren esta operacion, no tardan en ser víctimas suyas. Siempre que oí ordenar esta fatal perforacion, consideré esta sentencia como un decreto de muerte, y por cierto no soy el único de este dictámen.

EL MÉDICO JÓVEN.

Es un error, Caballero, esté Vm. bien persuadido de ello. Lo que descreditó tanto la paracentesis, es que se tiene frecuente ocasion de prescribirla á enfermos que padecen una desorganizacion de las vísceras del abdómen, producida por flemasías desconocidas, abandonadas ó mal curadas: tales son, con harta frecuencia, las de los borrachos de profesion; pero cuando la practicamos en las hidropesías independientes de semejantes desórdenes la sigue siempre el mas completo triunfo, si la cu-

ración se acomoda competentemente por otra parte á la calidad de la enfermedad. En general, la puntura no tiene nada de sensible por sí misma: cúrase la llaga sin trabajo ninguno; queda aliviado el paciente con la evacuación de las aguas; sus orinas, suspendidas hasta entónces, recuperan al punto su curso; obran con mucha mas eficacia que ántes los diuréticos; los vasos absorventes y las radículas de las venas se llévan consigo cuanta serosidad queda en el peritóneo; y á no estar muy desorganizadas las vísceras, se efectúa prontamente la cura. Diré mas: aun en los casos en que la desorganización se verifica, los enfermos se modifican siempre provechosamente con la puntura; esta los hace respirar, los preserva contra la sufocación, dales algunas esperanzas, y alarga constantemente su existencia. Aun hay casos en que son curables todavía las desorganizaciones; y por medio de la puntura, reiterada tan frecuentemente como la necesidad lo requiere, proporcionamos á los enfermos el medio de aguardar su cura: porque, sin

ella, piereréan infaliblemente sufocados cuando la colección es muy considerable. Se repitió á veces esta operación con acierto cinco á seis veces por año; por espacio de muchos. Deseche Vm. pues de sí una injusta preocupación; no atribuya la muerte mas que á las alteraciones ya muy adelantadas de las vísceras; y crea que es provechoso siempre el agregar la puntura á la curación apropiada, desde el principio de las hidropesías abdominales.

EL SABIO.

Quedo sumamente contento con lo que acabo de oír: á cada instante, me deja libre Vm. de una nueva preocupación. ¿No tiene Vm. ya nada que decirme para acabar de hacerme comprender bien el conjunto de su interesante doctrina?

EL MÉDICO JÓVEN.

He contraído el empeño de hablarle á Vm. sobre la debilidad. Este artículo es importantísimo, porque se afecta hacernos el cargo de que nosotros no vemos mas que la irritación en todas partes. Así, si Vm.

no teme una nueva dosis de fastidio, emprenderé gustoso el desenmarañarle esta famosa cuestion, aunque debiera esponerme yo á quedar inferior á mi materia.

EL SABIO.

Falta mucho ciertamente para que Vm. me haya causado fastidio ninguno, aunque, al principio, me haya sido necesaria toda mi atencion para no perder de vista la consecuencia de sus proposiciones. Ahora me reconozco mas que nunca habilitado para oir á Vm., y seguir sus discursos sin experimentar una fatigosa intension mental; me proporcionará Vm. pues sumo gusto en ventilar esta nueva materia. Aun le confesaré á Vm. que tengo una interior complacencia en pensar que podré embarazar algo á mi doctor, cuando él llegue, segun su costumbre, á declamar contra la nueva doctrina *supuesta fisiológica*.

EL MÉDICO JÓVEN.

Hasta mañana pues, ya que Vm. lo desea.

DIALOGO VIGESIMO.

Enfermedades que dependen de la debilidad.

EL SABIO.

VAYA, doctor, la debilidad. Tengo necesidad de que me dé Vm. una justa idea sobre ella, para sostener su causa en presencia de sus detractores, porque no cesan de repetir que Vms. dan mucha estension á sus ideas sobre las enfermedades inflamatorias.

EL MÉDICO JÓVEN.

Entre todos los fenómenos de las enfermedades, el que atrae mas la atencion de los pacientes, es la debilidad. Luego que el hombre comienza á sufrir, se queja de la disminucion de sus fuerzas; y le conmueve el dolor á causa de que le debilita. El hombre solicita el fin de sus penas, á fin de recuperar su acostumbrado vigor; le echa ménos de continuo, y en los progre-